

sed vos mi directora, habládme por medio del director de mi alma, así lo espero, y así os protesto obedecerlo como á vos misma. Amen, Jesus.

CAPÍTULO V.

LA VIRGINIDAD EXHORTADA POR SAN JUAN.

Primero. *El porqué de este capítulo.*—El porqué de este capítulo es tan sencillo, que lo consideramos como una parte del capítulo cuarto, y si bien es cierto que hablamos para todos los hijos de María, lo es igualmente que nos dirigimos de un modo especial á los fervorosos, á quienes vamos á decir cuatro palabras sobre su virtud querida, la santa virginidad. Seria muy fácil para nosotros sembrar el contenido de este capítulo, y aun fabricarlo todo, de trozos admirables de los padres de la Iglesia que han tratado acertadamente tan divina virtud, y entonces figurarian en él Tertuliano, Cipriano y Jerónimo; Agustín, Juan Crisóstomo y Gregorio, y sobre todo Ambrosio, que hablaba tan elocuentemente sobre la virginidad, que merece ser llamado su doctor y su apóstol. Mas no solo nos seria muy fácil, sino que nos fuera muy agradable y en gran manera gustoso, pues en este caso no haríamos otra cosa que desarrollar algunos de los pensamientos de tan sabios autores que recogimos en los primeros años de nuestro sacerdocio. ¡Oh felices años! ¡Oh años muy felices!

Prescindamos empero de este plan, para adoptar otro que nos parece mas acertado, pues dejando nosotros de hablar á los hijos de María les hablará Juan, el virgen Juan, haciéndoles una exhortacion muy animada y sostenida sobre la santa virginidad. Para esto declararemos algunos trozos del Apocalipsis, que por antonomasia se llama el Libro de los Misterios, y veremos á Juan presentándonos la virginidad divina y la humana, la restauracion del estado virginal, el inmaculado Cordero proclamándolo, las fiestas del cielo despues de haberla establecido, el número de los pasados vírgenes, así como de los vírgenes cristianos; pero sobre todo veremos la mas bella descripcion de Jesus como esposo virginal, un elogio de los vírgenes y su premio, sus batallas convertidas en victorias, y veremos mejor todavía el cielo, el cielo de los vírgenes y las virginales bodas con Jesus; mas si á alguno le pareciere que nos hemos alargado mucho en este capítulo, le contestaremos que se acuerde que nos dirigimos á los hijos de María fervorosos. Con todo, seremos cortos, muy cortos.

Segundo. *La virginidad divina y humana.*—La Santísima Trinidad, ved ahí el primer virgen Dios Padre engendra virginalmente á su Hijo desde toda la eternidad; Dios Padre y Dios Hijo producen virginalmente al Espíritu Santo desde toda la eternidad; y Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo son el amor virginal desde toda la eternidad: tal es la virgini-

dad divina. Es la virginidad humana la excelentísima y la altísima; y es de tal suerte la suma de toda dignidad, que jamás pudo encontrarse en ella ni siquiera la menor bajeza. La virginidad humana es tan excelente que Dios la toma para sí, uniéndola con el Verbo; es tan alta, que fué desde el principio la idea sublimísima que dirigiera los actos de Dios, y ella fué la prometida por Dios á nuestros primeros padres, la adorada por los patriarcas en el silencio de sus tiendas, la anunciada por los profetas con los más bellos caracteres, la revelada al mundo hasta por los falsos oráculos, y la figurada en todos los sacrificios de la antigua ley.

Un matrimonio virginal se determina; el Espíritu Santo forma el divino enlace, da el anuncio á los esposos virginales un ángel de primer orden, el seno purísimo de la Virgen Madre es el lugar escogido, y Padre, Hijo y Espíritu Santo, formando el misterio de la Encarnación, unen de tal suerte la virginidad divina con la humana, que perpetuamente serán las dos un solo todo.

He aquí la virginidad sacratísima, la celebra en su nacimiento por los ángeles del cielo, la entregada á los hombres de buena voluntad para que se salven, la visitada por los sencillos pastores, la publicada por la más admirable estrella del firmamento, la adorada por los reyes magos y la destinada á ser el más precioso tesoro de los vírgenes. Entonces vióse á la virginidad

encumbrada á la mayor gloria; viéronse abiertas las puertas del cielo para que sus habitantes la saludaran, vióse venir sobre ella el Espíritu Santo en forma de paloma, oyóse en las encumbradas alturas la voz del Eterno Padre para glorificarla, y entonces obráronse todas las maravillas, sanáronse los dolientes, consoláronse los afligidos, mandáronse con su imperio los vientos, calmáronse de repente las tempestades, descubriéronse las cosas escondidas, anunciáronse las venideras, patentizóse lo más oculto. . . y á esa virginidad misma que residía en el Verbo encarnado, gloriosa y resucitada, vencedora del tiempo y de la muerte, vióse la que subía hasta lo más alto de los cielos para sentarse á la diestra de Dios Padre, y desde allí proteger á los vírgenes.

Tercero. *Restauracion del estado virginal.*
—Nuestros primeros padres Adán y Eva, colocados en el paraíso de las delicias, tenían las dotes de la justicia original. El don de elevación les recordaba que eran llamados para la gloria, el de inmortalidad les enseñaba que no habiendo de morir poseerían la patria celestial, el don de ciencia les comunicaba el conocimiento más perfecto en las letras y en las ciencias, al paso que el don de integridad les enseñaba que eran destinados á vivir angelicalmente y multiplicarse al modo de los ángeles, sin menoscabo de su virginidad. Esos mismos conocimientos les hicieron conocer que con toda su

admirable y numerosa descendencia virginal habian de entrar en la gloria. Pero el pecado, los estragos terribles del pecado les arrebató esta dicha, desapareció de ellos la justicia original; mas á la manera que en un árbol, aunque sus frutos hayan desaparecido por una deshecha tempestad, siempre queda uno que otro, que con su hermosura y buen gusto indica su buena calidad; así en nuestros primeros padres, despues de haber sufrido los terribles efectos del huracan del pecado, quedóles la virginidad, aunque condenada á desmerecer y desaparecerse en una gran parte del linaje humano.

Mas aconteció que el Apóstol vírgen la vió... vióla, por decirlo así, en figura de un misterioso libro, que sobre ser dos veces escrito. por dentro y fuera, estaba cerrado con los siete sellos del pecado. Contempláballo divinamente honrado á la derecha del inmaculado vírgen Jesus, el cual estaba sentado sobre su trono y como en ademan de poner en él sus delicias, cuando un ángel robusto, con su voz de trueno, comenzó á clamar á grandes voces diciendo: ¿Quién sera digno de abrir aquel libro, de romper sus sellos, de elevar al hombre estableciendo suavemente el estado virginal? Mas como nadie pudiese, ni el cielo, ni la tierra, ni los ángeles, ni los hombres; ni su poder, ni sus deseos, el discípulo del Amor lloraba en gran manera una desdicha tan grande, por ver como imposible la feliz restauracion del estado virginal. Pero conoció tam-

bien que si humanamente no sé podia, se podia con la gracia y que los cristianos podian ver el libro de la virginidad, romper los sellos de los pecados capitales que lo tenian cerrado, abrirlo del todo, enterarse de su perfeccion, así como practicarla. Vió tambien que Jesus, como leon de la tribu de Judá y de la raíz de David, iba á restaurar el estado virginal con su divina muerte. Vió á Jesus tambien como un cordero inmaculado apacentándose entre lirios virginales... vióle despues sentado en un trono augusto, rodeado de la sabiduría y de la fortaleza, de la omnipotencia y santidad, de los venerables ancianos y de cuanto puede publicar una majestuosa grandeza... Vióle como cordero sacrificado especialmente para el estado virginal, teniendo empero siete cuernos y otros tantos ojos, todo para indicarnos el amor con que Jesus protege á los vírgenes, así como la fortaleza de estos, y aquella su intencion purísima que les hace obrar como espíritus de Dios.

Vino el momento solemne de la apertura del libro, tomóse este de la derecha del trono, olvidóse la gravedad de la culpa, púsose en cuenta la gracia de Jesus, y Jesus abriendo el libro dejó restaurado el estado virginal. Desde entonces todo fué gozo para Juan, el apóstol vírgen, y vió desfilar delante de sí á numerosas legiones de coros virginales. El mismo vió á Jesus, tierno esposo de cuantos vírgenes se le consagraren, vió á José conduciendo á los hombres, y

vió á María siendo la directora de las mujeres que la quieran seguir. ¡Qué gloria para el cielo! ¡Qué dicha para la tierra!

Vió entonces la vida de los vírgenes que era celestial, como de cielo empíreo; vió sus obras que eran ante Dios cual suave armonía que arrebatará con pasmo á los mismos ángeles; vió sus oraciones despidiendo un aroma mas precioso que el de bálsamos aromáticos exquisitamente elaborados de la espiga del nardo, y oyó que su boca profería el cántico nuevo que decía: Digno es Jesus de quitar los obstáculos del místico libro, de romper los sellos que lo tenían cerrado, de presentar la virginidad ante los hombres, y de darla á conocer como un paraíso ambulante y como la gloria de la tierra, porque Jesus es el virginal increado, el que todo lo hizo, el que unió la virginidad divina con la humana, y el que murió con el fin grandioso de restablecer el estado virginal.

Murió Jesus redimiendo con su sangre las almas y los cuerpos que habian de hermostosearse con el ropaje virginal, y ese número admirable de escogidos lo llamó de todas las partes del mundo, de todas las naciones, de todas las ciudades, de todos los pueblos y de todos los idiomas. Murió Jesus y llamó á los vírgenes, llenándolos de tanta gracia que los hizo los mas semejantes á Dios, los constituyó como en una especie de sacerdocio, los hizo reinar aun sobre la tierra, y les confirió en el cielo una gloria

especial. Entonces los vírgenes llenos de agradecimiento exclamaron: Digno es Jesus como immaculado cordero que se apacienta entre azucenas virginales, de que reciba toda la virtud de nuestros agradecidos corazones, y digno de que su divinidad y sabiduría, su fortaleza y honor, su gloria y bendición sean proclamados por toda criatura. Si, que cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra adoren á Jesus, y que en número siempre creciente de millones de millones, por almas siempre puras y de cuerpos siempre mas limpios, brote la sublime alabanza á Jesus por el restablecimiento del estado virginal.

4.º APERTURA DEL LIBRO DE LA VIRGINIDAD.

El discípulo amado no se contentó con darnos noticia de la restauracion del estado virginal, sino que quiso tambien que supiésemos la apertura de los sellos para que conociéramos de una vez, no solo las glorias virginales, si que tambien los castigos decretados á cuantos se opusieron á tan sagrado estado.

Hallábase el Cordero, dice, en el estado mas majestuoso, sentado sobre la inmensidad de su trono, empuñando la espada de dos filos, teniendo á su izquierda los misteriosos animales, á su derecha los siete espíritus y al rededor de su trono los veinticuatro ancianos, cuando se verificaron las ceremonias de la apertura del libro mis-

terioso de la virginidad. Abrióse por aquella mano omnipotente el primer sello, y uno de los monstruosos animales llamando á Juan con voz atronadora, le dijo: Ven y ve... Vió una parte de los mortales que se alegraron viendo establecido el estado virginal; vió que lo alcanzarían y que recibirían también su distinguido premio. Viólos á todos montando un caballo cuya blancura supera al ampo de la nieve, empuñando su mano el dardo del Eterno, recibiendo su cabeza una diadema de distincion y contando sus victorias segun el número de sus batallas. Amen, amen, amen.

Verificóse la ceremonia de la apertura del segundo sello, y la misma voz de trueno se lo notifica con el mismo *Ven y ve*. . . . Vió un caballo como aquellas pardas nubes que llevan la tempestad, que desolan las comarcas, que el que estaba sentado en él habia recibido el poder de quitar la paz de la tierra, de emprender guerras, hacerlas interminables, y con su terrible y larga espada quitar la vida á los jóvenes que se opusieren á la virginidad con sus palabras, con sus burlas, ó con sus malos ejemplos. Amen, amen, amen.

Abrióse el tercer sello, retumbando en los oídos de Juan la voz atronadora de *Ven y ve*. . . . Vió un caballo negro como la pez, y el que lo montaba tenia unas balanzas como para pesar el hambre y las miserias con que deben ser castigados los padres de familia cuando impiden á

sus hijos la consagracion á Dios. Publicóse el castigo, y para que se conociera la extension de la carestía, añadió que dos medidas de trigo tendrían el valor de un denario de oro. Justo juicio que recibe el mundo cuando los padres de familia, ya con sus conversaciones ó sus burlas, ya con sus amenazas ó tratos, impiden que sus hijos se consagren á Dios en el estado de los vírgenes. Amen, amen, amen.

El cuarto sello fué abierto y el cuarto animal se lo dijo con el espantoso *Ven y ve*. . . . Era un caballo tan flaco, como anunciador de las grandes miserias. El que estaba de caballero era la muerte. . . . seguiale el hambre, la espada, toda clase de desdichas y los mismos trabajos haciéndose interminables para indicar que todo obra de acuerdo contra una nacion cuando ella por medio de sus gobernantes intenta la destruccion del estado virginal. ¡Ay de los gobiernos infieles á su cargo! ¡ay de las naciones gobernadas por ellos! y ¿nos admiramos de lo que pasa en nuestros días por todo el mundo? ¿Nos admiramos de que todas las plagas estén diezmando al género humano? ¡Qué mucho que la espada, la lanza, y toda arma mortífera no se aparte de nosotros! Justo castigo de haber impedido que los cristianos se afiliaran al estado virginal. ¡Oh Salvador, solo tú puedes remediarnos, solo de tí esperamos el remedio! Salvadnos, Señor, porque perecemos. Amen, amen, amen.

Habiendo abierto el quinto sello, dice Juan

que vió debajo del altar las almas de los que según la malicia de los hombres, la astucia de Satanás y las tentaciones de la carne, debían humanamente hablando, ser muertas á la vida virginal, pero conservándose vírgenes, murieron por el Verbo, dando testimonio de su glorioso estado que habia hecho que estuviesen consagrados á Dios. . . . Oyó que clamaban á grandes voces diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, juzgarás nuestra causa? ¿Cuándo vengarás nuestra sangre enviando los castigos que tienes determinado? ¿Cuántas de las que habian sido llamadas por ser lo que otras han sido perecieron? ¿Cuándo, pues, extenderás tu mano fuerte castigado á los culpables de tan horrible atentado? Este celo les fué premiado con un vestido de hilo finísimo y se les dijo: que aguardaran todavía hasta que se hayan reunido los vírgenes que aun faltan. Amen, amen, amen.

Fué abierto también el sexto y el sétimo sello, y todos los males se presentaron para castigar tales faltas. Ya los que se oponen al estado virginal no son jóvenes que se dejaron arrastrar de vergonzosas pasiones, no son ancianos que han olvidado la gravedad de sus canas y lo que por ellas merecieran, no son padres de familia que dejan de cumplir lo que les impone su estado, ni son gobiernos que olvidaron las sagradas leyes, es, sí. . . . pero lo callamos porque cuando esto se verifique estará entonces en el

lugar santo la abominacion de la desolacion. Terribles plagas introducirán entonces en el mundo la devastacion mas profunda, el sol tornará entonces sus rayos de oro en negrura como de sayal de cerdas, la luna vestiráse toda de sangre, las estrellas caerán sobre la tierra, el cielo mismo querrá desaparecer, todo monte saldrá de sus quicios, toda isla precipitará en el mar. . . . pero mayores males que todo esto producirá el pecado de que hablamos. Caed, caed sobre nosotros, grandes montañas, dirán los culpables, y así podremos escondernos de la presencia del que está sentado en el trono, porque venido ha con todo su enojo para castigarnos por los pecados cometidos contra el estado virginal.

5º FIESTAS DEL CIELO DESPUES DE ESTABLECIDO
EL ESTADO VIRGINAL.

Después de la apertura del misterioso libro, quedó solemnemente establecido en la tierra el estado virginal y por ello fueron celebradas en el cielo magníficas fiestas. El Apóstol vírgen nos las describe en forma de un misterioso silencio de media hora que se estableció en el cielo, como si los bienaventurados durante ese místico tiempo se hubiesen ocupado tan solo del estado de virginidad. Vino el ángel y empuñando el turíbulo de oro ofreció al Cordero el suavísimo incienso de la oracion virginal. El

Eterno expresó su buena voluntad en su favor, y se les vió desde luego como olivos de paz entre los hombres, como candeleros de oro en la presencia del Señor. Se les vió poderosamente protegidos por un fuego divino, con un poder del cielo para dar á la tierra la abundancia é impedir la esterilidad. En suma, quedó hecho de vírgenes el reino de Jesucristo destinado á formar sus delicias. Todo el cielo representado en los veinticuatro ancianos, exclamó: "Gracias, Señor Dios omnipotente, porque obrando segun tu gran virtud estableciste el estado virginal para colocarlo al rededor de Jesucristo, siguiéndole por doquier que vaya, como en una especie de arca del testamento." Concluyeron tan divina fiesta con el mas solemne *aleluya, aleluya, aleluya.*

6.º NUMERO DE LOS PASADOS VÍRGENES.

A nada se opone tanto el enemigo del género humano como al establecimiento del estado de virginidad, porque así como su posesion supone grandes virtudes, así su pérdida por el pecado va de ordinario acompañada de grandes crímenes. Juan el vírgen nos describe el mas bello pasaje que tuvo por objeto la enumeracion de los vírgenes del antiguo testamento, y nosotros siguiéndole paso á paso haremos notar un poco su importancia. Sabedores que segun Juan los malignos espíritus en figura de ángeles rebeldes

tienen por objeto soltar por doquiera el viento de la concupiscencia con el objeto de impedir que el hombre consagre a Dios su virginidad; así como para que la Virgen madre fuese concebida sin pecado, la mano del Omnipotente detuvo el rio de la iniquidad para que fuese toda pura y toda limpia en su concepcion, así de un modo semejante el ángel del Altísimo detiene la concupiscencia de la carne hasta que sean marcados los felicísimos que conservándose limpios deben consagrarse á Dios y llevar en su frente el signo de su virginidad que debia determinarlos con un carácter celestial.

Aunque la virginidad parece que no encontró ostensiblemente asilo en las tiendas de los patriarcas, con todo, una gran parte de los hijos de Israel eran vírgenes, y de entre estos escogió señaladamente ciento cuarenta y cuatro mil, entresacados de las doce tribus de Israel. Doce mil de la tribu de Ruben, como el primogénito del patriarca Jacob, el heredero de su fortaleza que mostró admirablemente peleando con el ángel, como que era además el primero por los dones y el mayor en el premio. Veinticuatro mil de las tribus de Simeon y Leví, hermanos los mas celosos de la virginidad de Dina, hasta atravesar con sus espadas al rey criminal y á sus vasallos. Doce mil de la tribu de Juda, el mas privilegiado entre los hermanos, el alabado por todos ellos, el que sujetará con mano fuerte á todos sus enemigos, el venturoso de